



ANDRÉS  
REYNALDO

# Saludo a un guerrero

rónico, insólitamente desafiante, Orlando Bosch salió en libertad.

La primera vez que oí su nombre fue en octubre de 1976. Un avión de Cubana de Aviación estalló en pleno vuelo cerca de la costa de Barbados. El gobierno de Fidel Castro culpó a la Coordinadora de Organizaciones Revolucionarias Unidas (CORU) y a la Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos.

Según la prensa cubana, Bosch era el autor intelectual de la muerte de 73 personas, entre ellos los jóvenes integrantes del equipo nacional de esgrima.

La concentración en la Plaza de la Revolución para despedir los restos de las víctimas fue la mayor, y la más espontánea que recuerdo. Los tribunales venezolanos jamás probaron la culpabilidad de Bosch. A muchos nos bastó que pudiera tener alguna relación, alguna afinidad con el atentado para descalificar su patriotismo y sus estrategias.

Después de la invasión de Bahía de Cochinos y la derrota de la insurrección del Escambray, la violencia anticastrista fortaleció al castrismo. Quizás la historia no encuentre una definición más generosa. Sería, sin embargo, una grosera simplificación.

Los cubanos anticastristas han protagonizado una gesta conmovedora, a pesar del abandono de aquellos países que debieron ser sus aliados naturales, el desprecio de las principales fuerzas políticas contemporáneas y la omisión de la opinión internacional. Además, embaucados, si no hostigados, por Estados Unidos.

De lejos, podría parecer un equívoco sangriento y estúpido. De cerca asoman los rostros. Miles de rostros. Hombres que simplemente no pudieron sentarse a esperar que cambiaran los tiempos. Algunos encontraron una muerte bravía y solitaria. Algunos no han cesado de buscarla.

¿Sed de poder y gloria? Es posible. Quien se juega la piel por una causa y le sacrifica el pan y la alegría de sus hijos tiene cierto derecho a pensar en el poder y la gloria. Aun así, muchos de estos hombres sólo han aspirado a morir como simples soldados de un pueblo que suele ser ingrato y en aras de una libertad que hasta hace muy poco se veía remota.

Idealistas. Ingenuos. Sin duda algún que otro oportunista, algún que otro demagogo. Jamás terroristas. El derecho a la rebeldía contra la opresión está en la médula de nuestra cultura. Sea en nombre de Dios o la razón.

Se acusa a los combatientes anticastristas de intransigentes y radicales. La intransigencia es un patrimonio común de los cubanos. Conozco sacerdotes, comerciantes, locutores y artistas tan intolerantes como algunos viejos luchadores que claman a voz en cuello por un baño de sangre en la isla. Para aquellos la intransigencia es una pose. En éstos, una honesta actitud. Podemos enfrentarlos. Pero sin dejar de reconocer que sus excesos de justicia son la reacción a una larga y abominable injusticia.

Un error de la lucha de los exiliados fue su falta de radicalismo. En 1966, Bosch fue absuelto de tratar de extorsionar a acadauados cubanos exiliados para recaudar un fondo de guerra. Es una pena que alguien no lo haya hecho. El cobro moderado de un impuesto para crear fuentes permanentes de ingresos hubiera proporcionado a los exiliados una formidable maquinaria subversiva.

Durante la década del 70 y comienzos de la del 80, en el contexto de la confrontación Este-Oeste, la violencia selectiva a escala internacional pudo haber rendido grandes frutos políticos.

La estrategia de Bosch en esos años era correcta. Falta dinero y apoyo externo. También en territorio estadounidense era prácticamente imposible desarrollar una organización capaz de sostener acciones de envergadura.

## Crónica de una generación

La biografía de Bosch es la crónica de una generación revolucionaria timada y perseguida con saña por Castro. Al final del castrismo, estos hombres pueden ser imprescindibles. Han ganado su fuerza moral durante arduos años de lucha. Han visto morir a demasiados de sus hermanos como para alentar necias revanchas.

Las palabras de aliento y respeto que Bosch dedicó el martes a los disidentes de la isla, durante su conferencia de prensa, contribuyen a cerrar viejas heridas, a precisar nuevas alianzas, a tender puentes en una nación al borde de la guerra civil.

La grandeza de los líderes reside en su capacidad de interpretar el sentir de los suyos y el espíritu de su época. La vida, la política, propone constantes redefiniciones, ilumina insospechadas vías. Esto es particularmente apreciable cuando se ha vivido en una dictadura.

Catorce años atrás Bosch se me hacía un lejano, incomprendible exiliado, empeñado en una guerra estéril. Hoy, me sentiría orgulloso de ser su amigo.